

Un recuerdo de Italo Calvino*

A memoir of Italo Calvino

LUCA BARANELLI

luca.baranelli@gmail.com / Exeditor (Einaudi, Loescher, Mondadori)

RESUMEN: El autor conoció personalmente a Italo Calvino en junio de 1962, cuando fue contratado en la redacción turinesa de la editorial Giulio Einaudi. Su relación fue la de dos 'colegas', hecha de charlas rápidas en la editorial y de asistencia en reuniones editoriales. Como estudioso, no empezó a ocuparse de él hasta después de su muerte, publicando una bibliografía de sus obras y editando extensas recopilaciones de sus escritos: *Album Calvino* (con Ernesto Ferrero), *Lettere 1940-1985*, *Sono nato in America* (entrevistas), *Il libro dei risvolti* (con Chiara Ferrero).

Palabras clave: Italo Calvino; Trabajo editorial; Einaudi; Biografía; Literatura contemporánea

Abstract: The author met Italo Calvino personally in June 1962, when he was hired in the Turin editorial office of the Giulio Einaudi publishing house. Their relationship was that of two 'colleagues', made up of quick chats at the publishing house and attendance at editorial meetings. As a scholar, he did not begin to deal with him until after his death, publishing a bibliography of his works and editing extensive collections of his writings: *Album Calvino* (with Ernesto Ferrero), *Lettere 1940-1985*, *Sono nato in America* (interviews), *Il libro dei risvolti* (with Chiara Ferrero).

Keywords: Italo Calvino; Editorial work; Einaudi; Biography; Contemporary literature

* Publicado con el título de *Un ricordo di Italo Calvino* en *Annali della facoltà di Lettere e filosofia* de la Universidad de Siena, vol. XVII, 1996, pp. 359-64.

Recibido: 17 enero 2023 / aceptado: 17 enero 2023 / publicado: 31 diciembre 2023

Mi relación con Calvino se desarrolló a lo largo de tres períodos: los años que van del 54 al 62, cuando era un joven lector del Calvino narrador y periodista; el largo período que va de 1962 a 1983, cuando llegué a conocerlo y trabajé con él en la editorial Einaudi; y los años posteriores a su muerte, en particular desde 1989 hasta hoy, cuando me ocupé de sus escritos. Mi testimonio quizá tenga algún interés para el periodo einaudiano, pero también me gustaría decir algo sobre el antes y el después, empezando por el después.

En septiembre de 1985, cuando Calvino murió en el antiguo hospital de Siena (hoy museo), adonde había sido trasladado en estado muy grave desde Castiglione della Pescaia, me sentí profundamente conmovido y me di cuenta de lo mucho que habían contado para mí su presencia viva y su conocimiento. Simplificando un poco, diría que mi relación con él se había mantenido siempre en el nivel de una familiaridad entre colegas, cordial y simpática pero esporádica, y nunca se había convertido en una verdadera amistad personal, bien por su reserva bien por mi reticencia hacia una persona que sabía reservada.

Sin embargo, solo unos meses antes había recibido la confirmación de que nuestras relaciones seguían siendo muy buenas a pesar de que hacía tiempo que no nos veíamos (de hecho, Calvino había abandonado a Einaudi como autor y como asesor y ya no venía a Turín). En diciembre de 1984, mientras me ocupaba de otra cosa, le había escrito para aclarar una circunstancia relativa a la no publicación de uno de sus libros en 1961, el relato de un viaje a Estados Unidos. Me contestó inmediatamente con una carta muy interesante, que también me autorizó a publicar, en la que, además de explicarme las razones de aquella remota decisión suya, me hablaba con inteligencia y afecto de Raniero Panzieri, un amigo común y compañero fallecido hacía tiempo. Me prometí entonces que lo visitaría en un futuro próximo en Roma o en Roccamare, donde ya lo había conocido en el verano de 1974 (recuerdo que aquella tarde de finales de agosto mi esposa Fiamma pasó la mayor parte del tiempo con su mujer y su hija Giovanna, que entonces tenía nueve años).

Más tarde decidí hacer algo que le concernía directamente a él también para reanudar, aunque de forma muda, una conversación que se había interrumpido prematuramente. Durante mucho tiempo trabajé en una bibliografía de sus escritos, una edición de bolsillo de sus libros y una amplia selección de sus cartas, y para ello fui muchas veces a Roma, a la casa de plaza de Campo Marzio donde había vivido los últimos cinco años y medio de su vida. Allí tuve la suerte de sumergirme durante horas y días en sus papeles, y de hablar largo y tendido sobre Italo y muchas otras cosas con Esther Singer Calvino. Así pude conocer más a fondo a Calvino, su obra y su forma de trabajar; pero también tuve la confirmación, como suele ocurrir cuando ya es demasiado tarde, de que en el período einaudiano no había aprovechado todas las oportunidades que naturalmente se me habían ofrecido para mantener un intercambio más intenso con él.

Cuando me trasladé a Turín en junio del 62 para trabajar en Einaudi, conocía y admiraba a Calvino como lector de sus libros (tengo todas las primeras ediciones de los años cincuenta) y de sus artículos, sobre todo los de *l'Unità* y *Contemporaneo*. Me apasionaba el cine y leía sus colaboraciones en *Cinema nuovo*; recuerdo, entre otras cosas, un artículo que escribió sobre *Le amiche*, de Antonioni, para un periódico que dirigía, el *Notiziario Einaudi*. Me parece que en 1955 incluso le escribí una carta de calurosa aprobación por un artículo que había escrito para *l'Unità* sobre los cuentos de Chéjov, un escritor al que quería y quiero mucho. En el 56 y en los años inmediatamente posteriores, también seguí sus actividades editoriales como comunista crítico y luego como ex comunista, inmune a los rencores y fijaciones de tantos ex.

Así que cuando llegué a Turín, creo que Calvino, como la mayoría de los editores y colaboradores de Einaudi, me recibió con simpatía genérica. Sin embargo, no había mucho tiempo para hablar, fuera de las reuniones de los miércoles por la tarde o de algunas raras ocasiones convivales. Por otra parte, había mucho trabajo; e incluso Calvino, que ya no vivía permanentemente en Turín, tenía mil cosas que hacer cuando venía unos días a la editorial.

Además, como él mismo decía y como saben todos los que le conocían, estaba convencido de que la laconicidad es una virtud. Calvino había tenido y tenía una fuerte identificación cultural y moral con la editorial Einaudi: habiendo llegado allí muy joven, a finales de los años cuarenta fue responsable de la oficina de prensa y luego ocupó cargos editoriales y directivos; y también en los años cincuenta, entre otras cosas como director del *Notiziario Einaudi*, había contribuido a crear esa imagen y aura de rigor intelectual y compromiso civil que había atraído a tantos lectores a la editorial. También él, como otros einaudianos de su generación y de su entorno, reconocía la autoridad casi incuestionable de Giulio Einaudi.

Cuando llegué allí, Calvino mantenía una doble relación con la editorial: era uno de sus principales autores (y un autor de gran éxito) y también era el principal asesor de literatura contemporánea italiana y extranjera. Como autor, seguía la elaboración de sus libros desde el momento en que entregaba el original mecanografiado hasta que los primeros ejemplares acabados del volumen llegaban de la encuadernación. Leía y corregía atentamente las pruebas de imprenta, pero no era de esos autores que intervienen desenfrenadamente en los borradores con variantes y reescrituras. También escribía todas las solapas y contraportadas de sus libros; y elegía las ilustraciones que se reproducían en la sobrecubierta. En estrecha colaboración con la sala de prensa, ponía especial cuidado en el envío del libro a los críticos, y decidía a qué periódicos entregar unas páginas de adelanto. Como asesor, leía textos de ficción italianos y extranjeros (sobre todo franceses, españoles, americanos y latinoamericanos), informaba sobre ellos en las reuniones de redacción, verbalmente o con precisas opiniones escritas; a algunos autores, o a los que se habían dirigido personalmente a él, les escribía para comunicarles una aprobación y, más a menudo, para justificar un rechazo. Una idea de cuántas cartas escribió a quienes le pedían opiniones de lectura sobre sus esfuerzos literarios puede obtenerse de la amplia selección de cartas editoriales, *I libri degli altri*, publicada en 1991 por Einaudi, y en el Meridiano de las *Lettere*. Para muchos de los libros de narrativa de Einaudi escribió solapas, portadas e introducciones, casi siempre sin firma: se trataba de un género literario en el que su capacidad para ofrecer en pocas líneas la síntesis de una historia, un marco histórico y cultural y una orientación crítica podía alcanzar resultados admirables, incluso en el estilo. Durante la década de 1970, como es bien sabido, dirigió la serie de ficción “Centopagine” con gran dedicación, eligiendo autores y títulos, editores y traductores, y escribiendo numerosas introducciones y contraportadas. Sin embargo, el ámbito de sus lecturas y consultas no se limitaba a la literatura: recuerdo haberle oído más de una vez referirse a libros de crítica y no ficción, historia, etnología y antropología. A mediados de los años sesenta, cuando escribía y publicaba los relatos de las *Cosmicomiche* y de *Ti con zero*, leía muchos libros científicos, sobre todo de biología y geología, astronomía y astrofísica.

De Calvino en la editorial tengo un claro recuerdo visual y auditivo (si se puede llamar así): recuerdo bien cómo caminaba, movía las manos y las giraba enérgicamente una contra otra, arrugaba y fruncía el ceño, bajaba la cabeza hasta el pecho, sonreía y reía; y recuerdo bien el timbre de su voz. En cambio, de lo que en teoría debería ser más comunicable, es decir, sus palabras, tengo un recuerdo más borroso, en parte porque nunca llevé un diario. Calvino solía caminar en línea recta por el amplio pasillo de la redacción, deteniéndose, por ejemplo, a releer el texto mecanografiado de una de las muchas cartas cuya minuta había pasado a la secretaria. Este hábito de ir y venir por el pasillo era un poco la costumbre de todos los einaudianos; pero yo diría que para Calvino también era un lugar donde podía reunirse con amigos y colegas para intercambiar opiniones, no necesariamente sobre trabajo. Recuerdo, por ejemplo, que a principios de los años setenta me habló de la película de Kubrick *La naranja mecánica*, que acababa de ver en París y que le había impactado y perturbado por la violencia de ciertas escenas. En efecto, más que algunos de sus colegas, tenía la costumbre de responder a las cartas y de hablar con cualquiera, aunque fuera lacónicamente: creo que, a diferencia de otros menos famosos que él, consideraba que el deber de un escritor de éxito era dedicar parte de su tiempo

a personas que formaban parte, al menos potencialmente, de su público. Recuerdo muy bien cómo se alegró, hacia finales de los años setenta, de que yo y otros colegas, que no éramos ni literatos ni críticos, sino sólo lectores, le dijéramos que nos había gustado mucho su relato autobiográfico “La poubelle agréée”, publicado en el 77 en la revista *Paragone*, que habíamos leído bastante tarde.

En otoño de 1963 se produjo en Einaudi una agria y traumática polémica que dividió durante semanas a redactores y asesores sobre la conveniencia de publicar una investigación sociológica de Goffredo Fofi sobre la inmigración meridional en Turín, que faltaba al respeto a algunas instituciones de la ciudad: Fiat, *La Stampa* y el PCI. El libro de Fofi fue rechazado por los pelos e incluso Calvino se puso del lado de los que lo rechazaban. Recuerdo que un día, muy tenso, Calvino echó bruscamente de nuestra habitación a un periodista de *Paese sera* porque quería discutir el tema con Renato Solmi, mi compañero de oficina y principal defensor del libro de Fofi. Unos meses más tarde, en marzo del 64, Calvino publicó un ensayo en *Il menabò* titulado “L’antitesi operaia”, que incorporaba y utilizaba algunas de las ideas de análisis sociológico que se encontraban en el libro de Fofi. Un día, sin decir casi nada, me trajo un fragmento con una dedicatoria: quizá quería comunicarme también a mí, que en la polémica del otoño anterior me había pronunciado a favor de la publicación, que apreciaba el análisis del libro de Fofi aunque entonces hubiera desaconsejado su impresión. En cualquier caso, era una señal de reconocimiento de nuestras buenas razones, y me alegré.

En las famosas reuniones de los miércoles por la tarde o en las que Einaudi organizaba una vez al año, a principios de verano, en el Valle de Aosta, sus discursos eran de los más interesantes, y a menudo de los más divertidos. Recuerdo, por ejemplo, que a veces Calvino parecía utilizar o acentuar su dificultad para hablar, un poco real y un poco fingida, casi con fines de entretenimiento, o incluso como gag cómico. Recordemos que tenía un gran sentido de lo cómico: no solo por las cosas que podía decir, sino por la forma en que las decía, y a veces casi las representaba. Incluso cuando hablaba seriamente de asuntos serios, su ceño fruncido, sus muecas de profundo disgusto, ciertos gestos y actitudes casi de marioneta, sus exclamaciones de exagerado asombro, sus solemnes declaraciones de ignorancia o incompetencia, sus pausas seguidas de una repentina subida de volumen y aceleración de la voz, despertaban a menudo la hilaridad general. Luego podía mostrar una expresión indiferente o incluso abrirse a una complacida sonrisa infantil. Algo así me impresionó, en septiembre de 1981, cuando vi por televisión a Calvino, presidente del jurado del Festival de Cine de Venecia, leyendo el acta de la entrega de premios. Algo así diría también que se percibe en ciertos momentos de la entrevista televisiva *Vent’anni al Duemila*. Una vez, en cambio, recuerdo haberle visto molesto y desconcertado: había intervenido de forma inusitadamente dura contra la propuesta de imprimir en una colección literaria el guion cinematográfico de un director italiano que detestaba, y había añadido que si eso ocurría no publicaría uno de sus libros en la misma colección. Fue una provocación, a la que Giulio Einaudi respondió con una provocación más fuerte, abandonando la reunión durante unos larguísima minutos. Calvino se sintió mortificado y le sentó fatal. Pero ese guion no se publicó.

En sus últimos años einaudianos había establecido conmigo una curiosa costumbre. A menudo, cuando se encontraba conmigo en el pasillo, además de intercambiar lacónicas impresiones sobre los acontecimientos políticos del momento o sobre alguna película, me pedía noticias de un amigo común con el que me veía y al que había perdido de vista, pero al que seguía unido por el afecto y la estima. Se informaba con sincera participación de sus asuntos, pero lo curioso era que imponía a nuestra conversación un ritmo gimnástico-militar: hacíamos repetidamente aquel pasillo casi a paso de marcha, despertando tal vez algo de curiosidad o una sonrisa en quienes nos veían. También en esto me pareció detectar un rastro de su vena cómica.

Por último, recuerdo que en octubre de 1983, cuando la crisis de la editorial Einaudi se manifestó en toda su gravedad, Calvino estaba a punto de publicar *Palomar*. También él, como todos nosotros, estaba muy preocupado; y probablemente había recibido seguridades y presiones para que dejara de lado sus perplejidades. Evidentemente, no estaba convencido: hizo una larguísima llamada telefónica desde Roma a un colega de la redacción, Francesco Ciafaloni, muy ocupado en aquellas semanas con las actividades diarias del consejo de empresa [sindical], y quiso conocer nuestra versión de los hechos y nuestras apreciaciones sobre la gravedad de la crisis, que no coincidían con las de la dirección. Entonces, aun comprendiendo que la situación era dramática, publicó su libro en Einaudi. Iba a ser el último que publicara bajo el sello del avestruz.

Para terminar, me gustaría decir algo muy obvio: los recuerdos y testimonios de quienes fueron amigos suyos o simplemente le conocieron pueden tener importancia afectiva y en parte documental; pero lo mejor para conocerle de verdad es leer sus libros y escritos. Así se lo dijo Calvino a Marco d'Eramo en una entrevista de 1979:

Yo en el fondo odio la palabra por esta generalidad, por esta aproximación... La palabra es esa cosa blanda e informe que sale de mi boca y que me produce un asco infinito. Intentar que esta palabra, que siempre es un poco pésima, se convierta en algo exacto y preciso por escrito puede ser el objetivo de toda una vida. Sobre todo cuando se ve un deterioro, cuando se vive en una sociedad en la que la palabra es cada vez más genérica, pobre. Frente a un lenguaje que va o hacia la ramplonería o hacia la abstracción, con los diversos lenguajes intelectuales que siempre se hilvanan, el esfuerzo hacia algo inalcanzable, hacia un lenguaje preciso, basta para justificar una vida.

Siena, 12 de diciembre de 1995

Traducción de Juan Francisco Reyes Montero